

Primer Destino, novela que tengo entre mis manos, y es el objeto de este artículo, recupera el tiempo perdido por los que, como yo, cuentan con algo más de cuarenta años. Tiempo perdido en la prometedor década de los sesenta que, dolorosamente, no ha conducido a ninguna parte. Extraños poderes desvanecieron nuestras ilusiones, consumieron nuestros impulsos revolucionarios, cambiaron nuestros líderes, al tiempo que metamorfosearon nuestras claves estéticas.

Lo que ha motivado que lleve a cabo este comentario y me sienta por ello profundamente satisfecho ha sido, precisamente, el hecho de mantener con Salvador una vieja amistad, a la cual se une, además, mi condición de maestro de su misma promoción y, como tal, conocedor de todo lo que supuso un «primer destino», cuando a la edad de dieciocho años, como refleja en espléndido símil, cualquiera de nosotros se «veía como ave de corral empujada hacia la sierra».

Con esta novela Salvador García Jiménez ha querido purgarse de la densidad y complejidad de su anterior libro, *La Peregrinación*, tratando de urdir una sencilla fábula sustentada en las experiencias concretas de su «primer destino» en Aledra, Macondo disperso por sus obras y por los accidentes que recogen los mapas físicos de nuestra región. En cada una de sus novelas Salvador ha elegido dificultades que vencer de carácter formal o temático; en ésta ha optado por la sencillez, se ha enfrentado, descaradamente, a un período concreto de su biografía. Y lo ha llevado a cabo en el momento adecuado, cuando los hechos están enriquecidos por la pátina dorada del tiempo, y él se encuentra sazonado para poder transmitirlos con los ingredientes artísticos necesarios.

En esta pretendida y conseguida sencillez reside uno de los principales méritos de la novela, que, en mi opinión, la aproxima, junto a los valores de carácter poético, a la obra maestra de Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, tantas veces citada en *Primer Destino*. Pero, a diferencia de la obra del autor de Palos de Moguer, la que aquí nos ocupa contiene una mayor tensión dramática, o una ternura trágica diluida en su prosa profundamente sentida. Contribuye a ello el hecho de que, mientras en *Platero y yo* la voz del poeta acaricia a Platero como principal o único protagonista, que sustenta sobre su lomo y su figura las diferentes escenas que justifican los capítulos, en *Primer Destino* la fuerza interna de Salvador se manifiesta de manera tierna y temblorosa, articulando los capítulos sobre las vivencias de un poeta, el propio autor, en el primer año de su vida pública. Salvador García Jiménez consigue —utilizo las palabras de Ortega— «ampliar lo circunstancial hasta confundirlo con lo humano».

Ejemplos de ese temblor, especialmente destacables, son los capítulos «Diablura de Dios» —dedicado a nuestro común y querido amigo, Faustino Fernández— y el intitolado «F.C. Barcelona»: en el primero nos acongoja con su amor por una suicida desconocida, enterrada fuera del recinto sagrado, cubierta de amapolas, y, en segundo, con la tragedia del fortuito pinchazo de un balón de reglamento, ensartado en la punta cruel de una pitera. Muchísimos son los lugares en que los lectores pueden descubrir la belleza de la prosa de Salvador García Jiménez, los cuales omito citar para no privarles de la satisfacción íntima de su disfrute.

Aparte de estos valores, *Primer Destino* es un ejercicio sobresaliente «a la busca del tiempo perdido», o, por lo menos, a una parte del tiempo perdido, del tiempo real que le

PRIMER DESTINO o la ternura trágica diluida

Ricardo Escavy Zamora

tocó vivir, justo cuando nuestra «patria invertebrada» se vestía con las galas propagandísticas de los 25 AÑOS DE PAZ. Año situado en el corazón de la década de los sesenta, profusamente contextualizado con los acontecimientos relevantes de la época, símbolos de una ilusión y hoy vestigios de un paraíso deseado, definitivamente perdido; Vietnam, los Beatles, el Concilio Vaticano II, San Remo, el Mayo Francés, son algunos de los hitos que permiten a esta obra ser la crónica difusa de esa época.

Como hiciera Proust, consigue satisfacer su necesidad artística, evitando herir a quien pudiera reconocerse en la novela. No falsea la realidad, busca con grandeza literaria lo que la vida tan celosamente guarda.

Salvador García Jiménez: «Primer Destino». Editora Regional. Murcia, 1990.

